

## WILLIAM LAW Y EL MONACATO EN LA IGLESIA ANGLICANA<sup>11</sup>

Las comunidades monásticas anglicanas son de fundación relativamente reciente. Hubo un evidente interés por la vida monástica entre los miembros del movimiento de Oxford, en el siglo pasado. Pero antes de ellos, los monjes y los monasterios parecían más que otra cosa una parte del mundo medieval que en Inglaterra pertenecía al pasado, y en los tiempos modernos se los asociaba solamente con potencias extranjeras y con Roma. Al fin y al cabo, la supresión de los monasterios había precedido en Inglaterra a la Reforma. A pesar del interés de algunos historiadores eminentes de los siglos XVII y XVIII por el monacato medieval inglés, la actitud general se halla resumida en la gran historia de *The Decline and Fall of the Roman Empire* (La decadencia y caída del Imperio Romano), publicada por primera vez en 1776. En este trabajo, que tuvo mucha influencia, Gibbon, con típica urbanidad que parecía expresar la opinión de todas las gentes razonables, describía sencillamente a los monjes como “infelices exiliados de la vida social, impulsados por el oscuro e implacable genio de la superstición” (vol. III, c. 37).

A pesar de la animosidad general de los ingleses contra la vida monástica en el siglo XVIII, es interesante notar la simpatía encubierta de un gran autor espiritual anglicano, William Law. Autodidacta, hijo de un almacenero, nació en 1686; durante un tiempo tuvo considerable influencia sobre el célebre fundador del metodismo, John Wesley. Pero ejerció un gran influjo en la espiritualidad anglicana, a través de un libro publicado en 1729, cuyo título completo es: *A serious Call to a devout and holy life, adapted to the state and condition of all orders of Christians* (un serio llamado a la vida devota y santa, adaptado al estado y condición de toda clase de cristianos). Cuando apareció, tuvo profundo efecto en una de las grandes figuras de la literatura inglesa, Samuel Johnson. Su biógrafo nos cuenta que Johnson, en su juventud, era indiferente en materia de religión. Pero mientras era todavía estudiante en Oxford tomó el libro de Law “esperando encontrarlo aburrido (como son esos libros, por lo general), y tal vez para reírse de él”. En lugar de eso, Johnson quedó muy impresionado, y de acuerdo a su propia confesión, fue este libro el que lo llevó de nuevo a la práctica religiosa.

La enseñanza de la obra es bastante convencional. Subyace en ella el grito de todos los reformadores espirituales: “Retorno a las fuentes”. En otras palabras, Law quería redescubrir la piedad de la Iglesia primitiva. Lo sorprendente es que él entendió esto de una manera Monástica”. Pues afirma: “Desde el principio del cristianismo, ha habido dos órdenes o clases de gente entre los buenos cristianos. Unos temieron y sirvieron a Dios en los oficios y las ocupaciones comunes de la vida secular en el mundo; otros renunciaron a los gustos ordinarios de la vida, como riquezas, matrimonio, honores y placeres, y se entregaron a la pobreza voluntaria, la virginidad, la devoción y el retiro” (c. 9). Este segundo orden, o clase, es en realidad monástico. Law fundamenta su juicio con una cita de la *Demonstratio evangélica* (1,8) de Eusebio. Este famoso pasaje indica la dirección que la espiritualidad cristiana estaba tomando en el siglo IV, con relación al fenómeno monástico.

La insistencia de Law en el valor de la virginidad en la Iglesia primitiva es notable, si se tiene en cuenta la tradición y la práctica opuestas del clero anglicano. Se permite palabras elocuentes acerca de la “alta perfección y los grandes premios de la virginidad” (c. 19); “Bendito sea Dios” dice “por la gloriosa sociedad de vírgenes que, desde los principios del cristianismo y a través de las diferentes edades de la Iglesia, han renunciado a los cuidados y placeres del matrimonio, para ser ejemplos perpetuos de soledad, contemplación y oración”. Esto parece un panegírico, apenas velado, de las órdenes monásticas.

---

<sup>11</sup> Traducción del inglés.

Law no se limita a alabar un pasado romántico, aunque piense que la piedad ha descendido, en su tiempo, a un nivel bajo. Quiere alentar la reviviscencia contemporánea de las virtudes de la Iglesia primitiva. Pero no quiere que todo el mundo se precipite a un monasterio en el continente, y así lo expresa. A la persona que considera que su doctrina “vale solamente para monasterios de monjes y monjas, o para gente que no tiene más trato con el mundo que el que ellos tienen” (c. 20), le objeta y da sus razones. El título completo de su obra muestra que está decidido a adaptar su enseñanza “al estado y condición de toda clase de cristianos”, lo sabe y lo predica a quienes están casados y comprometidos en el comercio y en la sociedad.

Su propósito es, pues, el de presentar, para beneficio de todos, las ideas esenciales y fundamentales de aquellos que entran en los monasterios. Insiste en que todos tienen básicamente la misma vocación a la santidad interior (c. 10). Esta doctrina se halla resumida en el último capítulo: “La perfección cristiana no llama (necesariamente) al claustro, sino a la realización plena de los deberes que son necesarios para todo cristiano (c. 24).

De esta manera describe largamente, en su estilo dieciochesco, la necesidad de una vida interior, basada especialmente en la oración, la lectura y la meditación de una manera que san Benito hubiera seguramente aprobado. Pero en la segunda mitad de su libro se vuelve a la instrucción acerca de lo exterior, y las formas externas que debería tomar esta vida interior. Percibimos aquí un sabor monástico muy notable en sus sugerencias.

En primer lugar, no solamente insiste en la calidad de los salmos para la oración, sino que recomienda con énfasis que deben ser “cantados”, pues “El uso propio del salmo es cantado” (c. 15).

En especial, favorece el modo de cantarlos que escuchó en la Universidad, basado presumiblemente en la recitación coral y modelado en última instancia sobre la salmodia monástica. La razón por la cual Law favorece este método es porque “el cambio de voz en esta manera de cantar es pequeña y natural, y todo el mundo es capaz de hacerlo”. No permite que nadie se excuse, aduciendo que no puede cantar, porque nuestra intención no es complacer a los hombres, sino sólo a Dios, y Dios está acostumbrado a escuchar voces malas. Y aunque la familia no esté del todo edificada con la calidad vocal de la salmodia de uno de sus miembros, que lo esté al menos por su contenido.

Law propone después un plan de oración y salmodia durante el día. Se basa en algunos pasajes del Nuevo Testamento, pero no hay duda que ha llegado a una distribución del horario que es muy monástica. recomienda que se ore y salmodie en los tiempos siguientes: por la mañana, a las 9 (que la Escritura llama la “tercera hora”) y a las 12 (la “sexta hora”); por la tarde, a las 3 (la “novena hora”) y al atardecer. Especialmente este último oficio tiene un sabor que recuerda concretamente a Completas, con un detallado examen de conciencia.

Es verdad que esta enseñanza se dirige a individuos. Law piensa siempre en un cristiano devoto que la realiza en su propia casa. La figura ideal, descrita bajo el nombre de “Miranda” (c. 8), es una dama que vive aislada, en virginidad y gran devoción, siguiendo su propio horario. Pero Law parece haber pensado en la ventaja de una vida más comunitaria para personas piadosas. Esto hubiera permitido instituir relaciones más prácticas y efectivas de caridad entre ellos y para con los pobres la caridad es una virtud altamente lodada por Law. Con una fina referencia (c. 20), Law habla del compromiso universal de todos los cristianos; nadie, en efecto, puede vivir para sí, “no sólo los sacerdotes, los apóstoles, los monjes y ermitaños, no deben vivir ya para ellos solos, sino que ninguno de nosotros debería vivir para sí”. Esto parece exigir alguna clase de vida común y de disciplina externa. De hecho, Law hace un llamado que debió resonar extrañamente en los oídos de sus contemporáneos, reclamando comunidades cuasi-monásticas: “Deberían unirse personas de cualquier sexo entre sí, en pequeñas comunidades, profesando voluntaria pobreza, virginidad, retiro y devoción, viviendo con lo necesario y nada más, para

que algunos sean asistidos con sus limosnas y todos sean bendecidos con sus plegarias; con justicia podría decirse que estas personas restablecen la piedad que era el orgullo y la gloria de la Iglesia, cuando vivían sus más grandes santos”.

El mismo Law intentó formar una “pequeña comunidad” de ese tipo en su propia casa de King’s Cliffe. Pero desgraciadamente, esta parece haber consistido solamente de él como capellán y dos señoras excéntricas. Uno de los testigos de esta curiosa situación fue el historiador Edwar Gibbon, citado al comienzo. Law había sido tutor del padre de Gibbon, y el historiador conservaba un buen recuerdo de Law. Su actitud fluctuaba entre la ironía y el asombro. Pero cualesquiera fueran sus reservas y eran muchas parece haber estado orgulloso de conocer a Law. Describe su casa como un “eremitorio”, una expresión que no era ciertamente un cumplido. Pretendió incluso identificar el personaje ideal “Miranda” con la menos excéntrica de las dos damas, su propia tía Ester.

La vida en King’s Cliffe debió ser algo difícil y a veces extraña. Pero en un punto al menos nos consta que sus habitantes practicaban con toda seriedad una virtud “monástica”: su celo por la limosna atrajo vagabundos y gente rara que merodeaban por la zona en gran número, provocando las protestas de los señores del lugar.

La influencia de Law tuvo necesariamente que disminuir aún más en los años siguientes por las limitaciones de su modo de vida, pero él mismo contribuyó a su propia declinación. Cayó bajo la influencia del autor místico poco corriente que fue Jakob Boehme, Aprendió solo “high Duch” (viejo alemán) para leerlo en el original. Por esto, muchos de sus contemporáneos que habían estimado a Law, dejaron que su entusiasmo se enfriara cuando supieron de su nueva tendencia. Samuel Johnson describió el misticismo de Law en sus últimos años como “fanatismo de un cerebro extraviado”, y fue esta excursión hacia formas esotéricas de misticismo que alejó rápidamente de él a John Wesley.

Uno no puede dejar de pensar que la insistencia de Law en la “santidad interior” reclamaba el equilibrio de la vida común y la disciplina exterior, para librarla ¿es la excentricidad y el extremismo. Una estructura monástica, como la que entreviera en *The serious Call*, hubiera canalizado mejor sus dotes considerables.

*Gloucester, Gran Bretaña*